gar al coro, adornada de sesenta y dos estátuas del mismo metal, cada una de las cuales tiene en su mano un candelabro para colocar hachas.

Esta balaustrada ó crujía y la portada principal del coro, ya referida, fueron fabricadas en Macao, ciudad de China, siendo el peso de todas las piezas que la componen, 534 quintales.

Pero desistamos de continuar describiendo las muchísimas cosas que aun cuenta este magnífico templo, y fijemos la atencion en la abundancia de oro, plata y ricas alhajas que ostenta en uno de esos dias de funcion clásica, en que es preciso adornar la iglesia con aquella grandeza y lujo que corresponden al digno objeto de la fiesta.

Fijemos la vista en ese altar mayor, de cuyo centro se destaca magestuosamente el esbelto ciprés, sostenido por ocho airosas columnas de brillante estuco, en cuyos dos primeros cuerpos están las escelentes esculturas del tamaño natural que representan á los apóstoles, evangelistas y principales santos, y sobre el tercero un grupo de ángeles, encima de los cuales se descubre á la Madre del Salvador del mundo. Si; fijemos la vista por un momento, y lo veremos herido por millares de luces que brillan como las estrellas sobre las dormidas aguas de un apacible lago. Allí vereis en las funciones clásicas que se celebran con una pompa sin igual, esos seis riquísimos blandones de oro y esa cruz guarnecida de piedras preciosas, con su frontal y peana de lo mismo, y otra elegantísima de filigrana. Allí descubrireis esos seis ramilletes, cuatro candeleros, dos navetas, dos atriles, dos portapaces y dos palabreros todos de oro, donde compite el arte con la riqueza: en otra parte vereis veinte cálices de oro, seis vinajeras con sus platillos del mismo esquisito metal: un copon con 1,676 diamantes y 13 marcos de oro: un cáliz con 122 diamantes, 132 rubies, 143 esmeraldas y 10 ½ marcos de oro: dos incensarios de este metal: la imágen de la Concepcion que es de plata, y pesa 38 marcos: la custodia principal que tiene mas de vara de alto, con 5,872 diamantes en su frente, 2,653 esmeraldas, 106 mestizos, 44 rubies, y 8 zafiros en su reverso, siendo su peso de 88 marcos de oro: once arañas de plata con 24 albortantes cada una: si seguis examinando su riqueza, encontrareis cálices, vinajeras, blandones, dos juegos de hacheros, compuestos de cuatro piezas cada uno: cuatro sahumadores de dos varas de alto: tres estátuas: un sagrario, é infinidad de ramilletes de oro y plata, que dejan deslumbrada la vista del observador. Al lado de toda esta riqueza conque hoy cuenta la gran catedral de Méjico, se descubria tambien la admirable imágen de la Concepcion, toda de oro, que pesaba 6,984 castellanos, rodeada de ricas pedrerías, y que se fundió, no sabemos por qué causa.

La custodia principal, y muchas de las alhajas que posee la catedral, así como los paramentos eclesiásticos, son regalos que hizo el emperador Carlos V.

Una de las principales preciosidades de que se han visto obligados á deshacerse los canónigos, por carecer de fondos para componer los estragos que causó en la catedral el terrible terremoto de 1837, conocido por el de Santa Cecilia, fue una riquísima lámpara de que he oido hacer mil elogios en Méjico, y que costó 71,343 duros, 3 reales. Su altura era de 8 ½ varas; su diámetro de 3 ½, y su circunferencia de 10 ½ varas. Constaba de cincuenta y cuatro candeleros, y pendia de una cadena y perno de hierro que pesaban 1,650 libras.

A un lado de la fachada principal de este suntuoso templo, se eleva otro llamado el Sagrario, que se comunica interiormente con la catedral: es de tres naves, y á su lado tiene el despacho, la sacristía, y una capilla que sirve de depósito para los cadáveres de la feligresía. Esta parroquia, que en otro punto podria lucir con mas ventajas su hermosa fachada, es un lunar que desfigura mucho las bellas proporciones de la catedral.

Si los detractores del buen nombre español no se empeñasen en cerrar los ojos á la luz de los hechos ¡cuán distinto lenguaje usarian al hablar de nuestra España, si fijasen la vista en los grandiosos monumentos que en aquella bellísima region levantaron en pro de la civilizacion y del país conquistado, los dignos descendientes del Cid y de Pelayo!

Lo primero que llama la atencion del viajero inteligente, en un país católico, son los templos elevados al Señor; porque ellos se presentan á su vista como el termómetro que revela de una manera inequívoca el estado de riqueza del suelo que visita; pues siendo proverbial esa no desmentida inclinacion de los cristianos á ceder parte de sus bienes para el mayor brillo del culto de aquel Supremo Hacedor á quien se confiesan deudores de todos los tesoros que poseen, la mayor ó menor magnificencia de sus iglesias, patentiza, sin otro exámen, el grado de abundancia en que viven.

Recórrase la historia de la preponderancia y de las vicisitudes de las naciones católicas, y se verá, que en tanto que han marchado á la cumbre de su apogeo, la riqueza de los templos dedicados al Autor Supremo, ha sido incalculable, y debida á los cuantiosos donativos de ricos particulares, á la vez que en su decadencia han ido imprimiendo en el interior de esos mismos templos, el carácter melancólico que graba la pobreza en todos los objetos. Los templos son, en las naciones católicas, lo que la luna en el cielo: brillan cuando va en creciente la fortuna de las segundas, y pierden su esplendor cuando llega la época de su menguante.

No es, pues, de estrañar, que los españoles, católicos de corazon, benévolos por naturaleza, y francos y desinteresados por principios, edificaran en la época feliz en que eran dueños de la mitad del mundo y en que les sonreía la fortuna, brindándoles con los tesoros de la tierra, los sorprendentes y maravillosos templos que hoy son el orgullo de Méjico y el asombro de los viajeros que visitan aquella populosa ciudad. Si otras mil pruebas no existiesen del cariño conque nuestra patria miró siempre á su antigua colonia, bastaria solo la magnífica catedral que de describir acabo, para dar á conocer el grado de cultura de la nacion española y la predileccion conque miraba aquel hermoso país.

NICETO DE ZAMACOIS.

CAPILLA DE SAN ISIDRO.

Pocos son á la verdad los recuerdos históricos que la villa de Madrid posee, y en muy corto número los monumentos que conserva anteriores al advenimiento de la casa de Borbon al trono de España. El mal gusto, que á todas las clases de la sociedad dominó durante el siglo XVII, y en la primera mitad del siguiente, no menos que el ciego esclusivismo de los profesores de nobles artes y de los inteligentes en ellas, que vivieron en la segunda mitad del siglo XVIII, ocasionaron daños incalculables; destruyendo obras notables, cuyo mérito no podian comprender los secuaces del Vignola, para quienes la arquitectura ojival ó sea gótica, como entonces la denominaban, era bárbara, y la romano-bizantina de todo punto desconocida.

Algunas columnas del periódico podriamos ocupar, dando estensos y bien deplorables datos de los primorosos monumentos sepulcrales reducidos á polvo por los arquitectos ignorantes de los siglos XVII y XVIII en tantas y tan destructoras reedificaciones, llevadas á efecto sin crítica ni conocimiento.

La iglesia de San Francisco estaba engrandecida con veinte y dos sepulcros, en los que orantes en unos y yacentes en otros habia estátuas. La iglesia de Santo Domingo el Real, la de San Gerónimo, la capilla de Valvanera y otros templos contenian asimismo suntuosos sepulcros, de los cuales queda únicamente memoria en algunas crónicas, si se esceptua el de la priora doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, que aun subsiste como por milagro en el coro de la ya citada iglesia de Santo Domingo el Real despues de las diversas reedificaciones de aquel templo, bien funestas para la historia de las artes.

Un templo, sin embargo, hay en Madrid que no solamente conserva gratos recuerdos en su corto recinto, sino que lejos de haber esperimentado el considerable detrimento que otros en los dos últimos siglos, adquirió mayor importancia en el décimo sétimo por una obra verdaderamente grandiosa, que la piedad de los reyes y la del pueblo de Madrid erigieron al modesto jornalero, cuyas heróicas virtudes le colocaron en el catálogo de los santos y en el número de los patronos y protectores del pueblo español.

Hablamos de la parroquia de San Andrés, humilde iglesia sin duda, pero cuyo engrandecimiento constituyen los recuerdos históricos en la misma vinculados, y las dos suntuosísimas capillas, que á uno y otro costado de aquella y correspondiendo á los puntos Norte y Mediodía de la misma, se levantan.

Es la mas antigua de las dos capillas la titulada del Obispo, así llamada por haberla dotado y reedificado el señor don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia. Por su bellísima puerta, por su hermoso retablo mayor y por los magníficos sepulcros que encierra, es sin duda esta capilla uno de los mas suntuosos monumentos que hay en Madrid.

En el área que ocupa se levantaba otra capilla antiguamente con la advocacion del *Cuerpo de San Isidro*, pues habia sido erigida para custodiar, como en efecto en ella fue por espacio de largo tiempo custodiado, el cuerpo del santo Labrador, patron de Madrid.

Aun existe una arca en que estuvo colocado, y es un objeto doblemente precioso bajo el aspecto histórico y el artístico, ya por su primitivo destino, ya por hallarse adornada de pinturas que representan pasajes de la vida del santo, ejecutadas á lo que parece en la segunda mitad del siglo XIII.

No disminuyó en Madrid ciertamente con el transcurso de los tiempos el afecto y la veneracion á San Isidro, y en el siglo XVII, es decir, quinientos años despues de su dichosa muerte, fue en su honor y con todo empeño erigida la grandiosa capilla, cuya perspectiva damos en el presente número.

Consta de dos departamentos, de planta cuadrada el primero y ochavada el segundo. Consiste la decoracion de este en columnas, y en pilastras la de aquel; enriqueciendo las bóvedas en uno y otro estucos y follajes de buen dibujo y ejecucion. Todo el pedestal que corre por los muros es de ricos mármoles, é igualmente las columnas y pilastras con basas y capiteles dorados.

Cuatro grandes cuadros ejecutados por Francisco de Rizzi y Juan Carreño adornan la primera estancia, y representan el milagro del pozo que refiere la vida del santo Labrador, la batalla de las Navas de Tolosa, San Isidro rompiendo la peña para apagar la sed del caballero Juan de Vargas, y Alfonso VIII reconociendo el cuerpo de San Isidro.

Trece cuadros con pasajes de la vida de la Vírgen María, pintados por Francisco Caro y Alonso del Arco, aun subsisten debajo del cornisamento en los intercolumnios de la segunda estancia, de la que desaparecieron en tiempo de Carlos III las diez estátuas de santos labradores que habia en la parte inferior de los indicados intercolumnios, sobre los cuales se veian dichas pinturas. Labró estas bellas estátuas el célebre escultor Manuel Pereira, y hoy se hallan en la iglesia de San Isidro, sita en la calle de Toledo.

Completa el grandioso conjunto de esta régia capilla el altar colocado en el centro de la segunda estancia, y que por consiguiente presenta cuatro caras, con un arco de medio punto en cada una decorado por columnas y pilastras de mármoles, con varias figuras y otros adornos de bronce en el cerramiento.

Cubre magestuosamente este recinto una alta cúpula muy exornada y que en el esterior está adornada con diez y seis estátuas de piedra; representando los apóstoles y los evangelistas.

El zócalo, pilastras, cornisamento y una balaustrada que corre sobre estos miembros que forman la decoracion esterior, son de granito, y en una de las puertas se ve una imágen de la Vírgen María con el niño Jesús en los brazos, hecha por Manuel Pereira.

Empezada á construir esta gran capilla en el reinado de Felipe IV y terminada en el de Carlos II, manifiesta en los pedestales del interno y en otros miembros, que se dió principio á esta obra con sujecion á la severidad clásica, y fue al fin recargada con adornos de buena ejecucion, sin duda, pero que no podian ser empleados sin caer en desgracia de los partidarios del clasicismo puro. De todos modos es una fábrica magnífica, sólida y bien construida.

ALICANTE Y VALENCIA.

APUNTES DE VIAJE.—EPISODIOS NO POLÍTICOS.

I.

Me piden Vds. que refiera á los suscritores del *Museo Universal* todo lo que he visto en mi reciente espedicion á Alicante y Valencia, y siento en el alma tener que contestarles que me es absolutamente imposible. La circunstancia de no ser político este periódico, y serlo sí, y en alto grado, en mi concepto, el viaje que acabo de hacer, como que en él me acompañaban, ó yo acompañaba (*à piacere*), la reina, la familia real, varios ministros y otras personas de grande significacion pública; esta circunstancia, digo, ribeteada de ciertas consideraciones que reservo, me obliga en primer lugar á no publicar por ahora de las notas de mi cartera sino aquellas puramente literarias, que si bien aludan á los sucesos que he presenciado, nos dejen al *Museo Universal*, á mis lectores y á mí en esclusiva posesion de nuestro juicio sobre todas estas cosas. Por otro lado, y reduciéndome ya á los cuadros que he visto y desearia copiar, me encuentro en un apuro mayor, y es que son tantos y tan bellos que no cabrian en un artículo, ni en este periódico, ni yo sé á cuales dar la preferencia, ni qué omitir, ni cómo espresarme para que cuatro pálidos renglones den idea de tanta maravilla. Porque es el caso que en poco mas de quince dias, he enriquecido mi exausta imaginacion con una infinidad de cuadros de todos géneros,—marítimos, campestres, populares, palaciegos, religiosos, monumentales...—y otros que son para callados. He visto razas nuevas de hombres y de plantas, catedrales, ruinas, museos, bosques, jardines, rocas, mares, una magnífica y poderosa escuadra, procesiones, simulacros de guerra, fortalezas, mujeres hermosísimas, mil y mil manifestaciones de la belleza en el campo, en el cielo, en el arte, en la especie humana.—He viajado en coche, en ferro-carril, en tartana, en bote, en vapor, en barco de vela, en diligencia, á caballo y á pié. He oido serenatas, visto fuegos artificiales, pasado noches en el mar, asistido á grandes espectáculos, á bailes, á teatros, á los toros, á comilonas, á paseos, á inauguraciones, á esposiciones, y qué sé yo!..—he vivido, en una palabra, la vida de cien hombres del siglo pasado!—Pues de este caos de impresiones, de este torbellino de acontecimientos, de este cúmulo de recuerdos, ¿cómo olvidar nada ni cómo referirlo todo? ¡Cada cosa requeria un artículo especial! ¡Hacer sospechar el conjunto no es para mis fuerzas!—Quiere decir que bosquejaré algunos cuadros, y á medida de ellos podrá imaginarse el lector todos los restantes. Y en cuanto á ciertos pormenores, como nombres y fechas, entradas y salidas, órden de colocacion y demás prolijidades, de que por lo regular se llenan esta clase de artículos, no los busqueis en el presente... pero á bien que en España nadie lee un periódico literario que no se haya propinado antes triple ó sextuple dósis de periódicos políticos, y

los periódicos políticos contarán la régia espedicion, las fiestas reales, la procesion del Corpus y los besamanos con todos sus pelos y señales, señales y pelos que yo sustituiré con líneas de puntos suspensivos, cuando tropiece con ellos en el laberinto de mis apuntes.—Hechas estas salvedades que pueden pasar por una sinfonía, entro en materia.

II.

El domingo á las ocho y media de la noche salí de Madrid en el tren del correo, habitado por unas doscientas personas, casi todas ellas conocidas mias y de la mejor sociedad de la villa y córte. En el coche en que me alojaron tuve la fortuna de encontrar tres cosas: un amigo, dos niñas muy bonitas y cuatro señores de buena conversacion. Todo el que entienda de viajes comprenderá perfectamente que al poco tiempo las dos niñas se habian convertido en una sola, el amigo en rival, y los cuatro señores en tres amigos y un cancervero. Tienen de bueno estas situaciones anómalas y subversivas el desaparecer como un sueño no bien termina el viaje..... Corramos, pues, un velo sobre el coche en que yo iba, ó lo que es lo mismo, echemos un velo sobre *lo pasado*; puesto que miradas y rugidos, palpitaciones, amistades y odios han desaparecido ya *sicut nubes*, *cuasi aves*, *velut umbra*. Solo me resta el amigo.

En cuanto al conjunto de los viajeros, puedo asegurar que todos pasaron la noche luchando con iguales afectos ficticios y del momento, y aquí me ocurre creer que un viaje es una vida en abreviatura... De cualquier modo, con motivo de todas estas cosas, y de conocernos, y de hacer una hermosísima noche de luna, y de pararse mucho el tren en las estaciones, resultó que aquello no fue viaje sino una *soirée* movible, una tertulia ambulante, un salon de Madrid arrastrado por el vapor, el paseo del Prado en movimiento, ó si se quiere, prolongado en una estension de ochenta y cuatro leguas.

La primera impresion que recuerdo fue la que me produjeron el campo y jardines de Aranjuez, bajo cuyos árboles pasábamos á las diez de la noche. ¡Qué perfumes! ¡Qué rumores! ¡Qué perspectivas! — Hacia luna..... Esto lo dice todo.—Luego, el rumor del agua... ese placer desconocido en Madrid, (téngase presente que cuando escribo aun no ha llegado el Lozoya á la villa de San Isidro Labrador); ese melancólico eterno gemido de las fuentes, de los rios y de las cascadas; esa oracion no interrumpida; ese beso continuado regalaba blandamente mi corazon asfixiado en la mefítica atmósfera de la córte. Las flores, los naranjos, los granados en flor, los trigos, las yerbas mismas del campo embalsamaban el aire, tibio y *reposado como Endymion dormido*. Al pasar sobre el puente del Tajo, iba el tren muy despacio. ¡Qué bello estaba el venerable rio alumbrado por

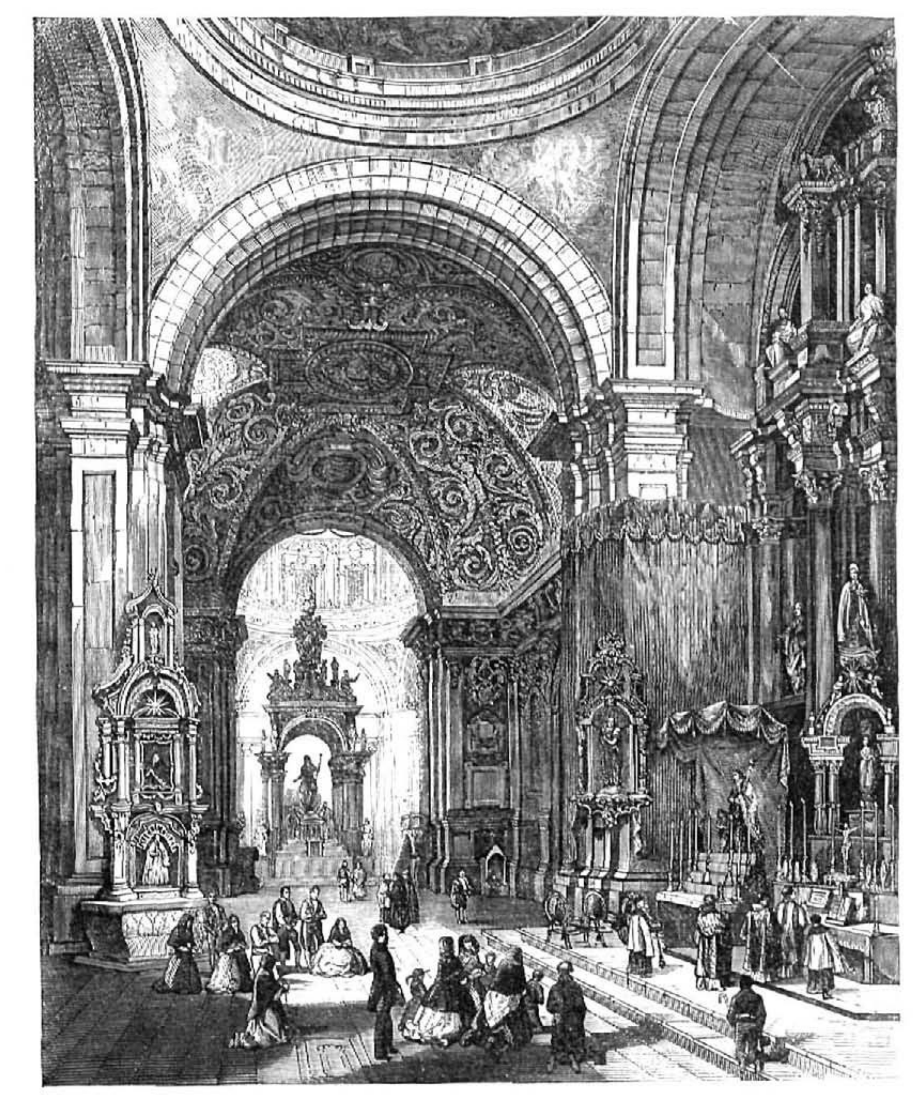


CUADRO DE VILADOMAT.

PLAZA Y CATEDRAL DE MÉJICO.

la luna, cuyo disco aparecia movible y quebrantado en cada una de sus rizadas ondas! A lo lejos distinguimos unas falúas, sin duda de palacio, adornadas con faroles de colores. . Todos nos imaginamos á Venecia. —En los pantanos oimos el canto de las ranas, que no sé por qué misterio de nuestra organizacion refrigera el alma de quien lo escucha. Por último, al salir de Aranjuez, al abandonar *sus frondosos olivares* y aromáticos pensiles, un ruiseñor, uno solo, entonó un cántico de despedida, que parecia predecirnos la aridez de la Mancha en que íbamos á entrar.

¡Ah! Salíamos de la agitacion de Madrid para buscar mayores agitaciones en las costas del Mediterráneo... ¡Con qué verdadero pesar nos despedimos de la paz de la naturaleza, de la mansedumbre de aquella noche estrellada, de aquel rio y de aquellos bosques *que tan regalado abrigo* nos brindaban!—¡Oh! ¿qué mayor fiesta ni mayor delicia que permanecer muchos dias y muchas noches bajo las arboledas del Tajo con cualquiera de nuestras bellísimas compañeras de viaje, haciendo la vida recomendada por Rioja y fray Luis de Leon, comiendo fresa por la mañana, bañándose al medio dia, durmiendo luego la siesta, bailando por la tarde bajo los castaños de Indias ó revolcándose en los frondosos trigos, y navegando de noche por las claras ondas de aquel rio, sultan de la Alcarria, príncipe de Aranjuez é ilustrísimo señor de Lisboa? ¿A qué apartarse mas? ¿A qué buscar el mundo de que huia? ¿A qué correr hácia los mares? ¡Bien sabe Dios que mientras aquel ruiseñor cantaba, pensé mas de una vez en *decir al mayoral que parara el tren* y mandar á los diablos la inauguracion, Alicante, y todas las diversiones del programa. —Pero reflexioné que ninguna de mis compañeras de viaje, á lo menos la que yo habria elegido entre todas ellas, hubiera accedido á acompañarme en tan juicioso proyecto, y dejéme llevar por la melancólica tierra de Don Quijote, cuya sombra creia divisar detrás de cada molino de viento.—¡Molinos de viento son tambien todas nuestras ilusiones de paz y de ventura, pobres poetas que somos, arrastrados por el afan de lo maravilloso, *de lo nuevo*, quizás de lo imposible! Y aquí hago punto, dando esquinazo á la filosofía, por considerarla mal *cicerone*. Prosigo pues...



CAPILLA DE SAN ISIDRO EN LA PARROQUIA DE SAN ANDRES DE MADRID.

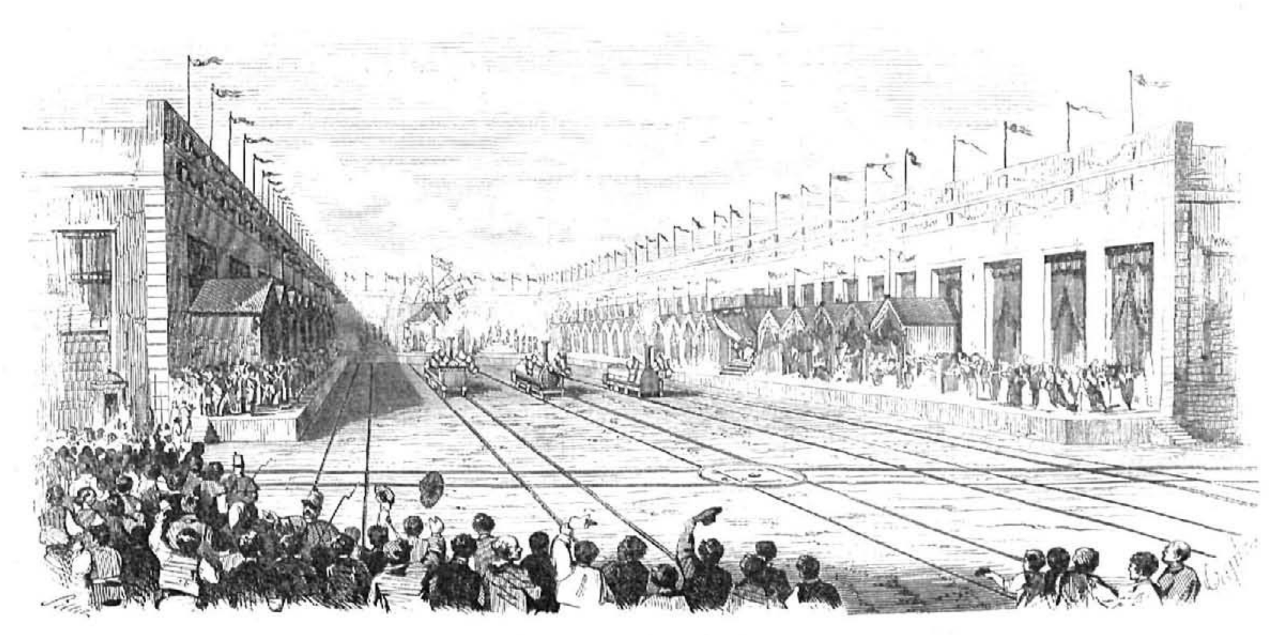
III.

Pasé por Almansa, célebre por la batalla del mismo nombre, que puso en el trono de España á los Borbones. . .

. . . .

Saludé á Villena, cuyo gótico castillo, casi arruinado, me recordó al sabio marqués don Enrique *el Hechicero*, y demás grandes hombres de su casa.....

Pero yo no soy dado á las memorias históricas. Pláceme sentarme sobre las ruinas y leer el Eclesiastes. Hay entonces en mi corazon una vaga poesía que no cambiaria por todos los códices de Simancas Cuando en Segovia, en Granada, en Sevilla, en Burgos, ó en otras viejas poblaciones he fijado mis ojos en los monumentos de otros siglos, casi me han estorbado mis escasísimos co*nocimientos de lo pasado*. Era mi gusto examinar la vejez de la piedra, adivinar por un resto de forma la mente del constructor, no atinará veces con la fecha de lo que veia, y preguntarme asombrado ó preguntar á la misma piedra:—¿Qué me dices? ¿Quién eres? ¿Desde cuando estás aquí?—Entonces la arquitectura, esa



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE ALICANTE.

Niobe de las artes, que sobrevive á la ruina de cuanto fue su gloria y encanto, alza su voz severa y me responde: yo soy el siglo XIII, yo soy el renacimiento, yo soy Grecia, yo soy Roma.—Cada roto capitel me hace adivinar una historia: el arco ó la ojiva, el friso ó la columnata, me reflejan una civilizacion, y veo la vanidad de las cosas y las evoluciones de la historia y la estratificacion del cartaginés sobre el fenicio, del godo sobre el romano, del católico sobre el musulman. No me digais, pues, los nombres de los reyes ni de los guerreros, puros accidentes de la historia las mas veces: habladme de razas y civilizaciones, de instintos y creencias, y comprenderé la historia con el auxilio del arte. Quizás entonces veremos surgir nacionalidades nuevas, en nada conformes con la clasificacion política de los Estados, y hallaremos al celta en las provincias Vascongadas, y al africano reinando en Alicante y Valencia... Pero ya desenvolveré mas tarde estas ideas. —Conste, y esto me basta, que yo protesto contra la historia, según que vulgarmente se escribe y se comprende; pues hallo mucha distancia entre una cronología ó árbol genealógico, y el estudio de lo pasado á que pueden encaminarnos la filosofía, la literatura y el arte. . . . .

IV.

Alicante 25 de mayo de 1858.

Vengo de la inauguracion del ferro-carril del Mediterráneo.

Era una hermosísima tarde. En la estacion de Alicante habíanse levantado un altar y un trono. El oro y el terciopelo lucian por todas partes: mas de mil banderas y escudos de armas adornaban el recinto: las flores y las músicas poblaban el aire de perfumes y armonías. Las espaciosas tribunas, lujosamente dispuestas, encerraban una brillante concurrencia, compuesta de elegantes y bellísimas damas; de todos los hombres notables de la provincia, de los convidados de la córte; obispos, generales, ministros, periodistas, diputados. La oficialidad del ejército y de la marina lucia vistosos uniformes. A lo lejos sonaban las campanas y los gritos de júbilo de una inmensa muchedumbre; tronaba el cañon en mar y tierra, y el sol caia al Occidente con su eterna magestad. Los sacerdotes se hallaban ya á los piés del Crucificado: la familia real bajo el dosel... El pueblo, amontonado en torno por una parte, y por la otra el mar poblado de bajeles, encerraban la escena en un círculo de vida y movimiento. El improvisado templo, abierto por el Norte, permitia á la vista y á la imaginacion campear por horizontes infinitos... Allá adivinaban en toda su estension las áridas Castillas, encerradas en un cinturon de montañas, y mas lejos, por todos lados, la ancha y espléndida orla de flores que rodea el manto de la imperial España,—Murcia, Andalucía, Estremadura, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, comarcas bendecidas por el Criador. Allá estaban todos aquellos pueblos hermanos en la gloria, estraños sin embargo en el dolor ó la fortuna: allá estaba Madrid, que como los remolinos de mar, ha tragado por largos siglos la vida y la riqueza de los pueblos sin devolverles nada: allá estaban las latitudes olvidadas por la industria y por el comercio, los muertos gérmenes de riqueza, el trigo amontonado, la mina sin esplotacion, la inteligencia asfixiada bajo la cúpula del templo nativo, las obras del arte arruinándose en el olvido sin alcanzar una mirada del viajero... Y del otro lado estaba el mar, abriendo sus ondas á nuestra renaciente marina; el mar, ámplio camino para todas partes; el mar, la patria mancomun, palenque dispuesto al capital y á la inteligencia, brindando al mas osado con las conquistas del comercio, presagio de todas las civilizaciones: allá la nueva Tiro; aquí la moderna Cartago; por donde quiera mundos que nos aguardan, el Oriente y la América, el Africa y los antípodas, llenos todos de padrones de nuestros antiguos navegantes...—¡Qué cuadro para la imaginacion! ¡Qué espacios para el deseo! ¡Qué ocasiones para la gloria, para la prosperidad de nuestra abatida patria!—¡Y qué momento aquel de esperanza y de consuelo! ¡Qué hora aquella en nuestra triste historia contemporánea!—El genio español, encerrado bajo la montaña del Escorial, rompia la cárcel de su misantrópico ascetismo, y convertido en mariposa, volaba de nuevo hácia los mares. La nacion viuda arrojaba otra vez su anillo en las olas, desposándose con la fortuna, diosa tutelar de la navegacion.—¡Cómo se dilataba el alma al contemplar en el aire los hilos eléctricos que, como nervios de acero, conductores del pensamiento y de la voluntad, recorren ya todas las estremidades de la península, mientras que el viento confundia en una sola nube las columnas de humo que exhalaban nuestros barcos de vapor en el puerto, nuestras locomotoras en las ferradas vias!

Todo esto veia yo en aquella ceremonia. Todo esto hubiérais visto, amigos mios, en el momento de la bendicion de las locomotoras. Tembláriais de entusiasmo como yo al contemplar aquellas tres poderosas máquinas, adornadas de cintas, flores y banderolas, que se adelantaban lenta y uniformemente, cada cual por su via, hácia el ara santa. Parecian tres nobles bueyes, adornados para un sacrificio del antiguo mundo pagano. ¡Tan magestuosa y mansamente avanzaban por el templo, ellas que abren tambien en la tierra surcos de fecundidad, que son tambien la fuerza y el trabajo, y que allí ahogaban su poderoso mugido y refrenaban su irresistible carrera á la voz del sacerdote revestido! . . . . .

V.

Ya sabeis que uno de los festejos ideados por los alicantinos consistió en que cien labradoras, escogidas entre las mas bellas de la provincia, presentaran á la reina todos los frutos del país. Yo tuve la fortuna de pasar revista á aquel escuadron de serafines antes de la ceremonia, y en verdad os digo que de cuantas esposiciones he presenciado ninguna ha cautivado tanto mi corazon ni despertado mi entusiasmo como aquella galería de ideales hermosuras que vestidas con el pintoresco traje de su respectivo pueblo y llevando en un brazo un canastillo de frutos y de flores y en el otro una palma, símbolo de virginidad, hacian alarde de la riqueza del privilegiado suelo que las vió nacer.

Eranse, como digo, cien doncellas, las mismas del feudo de Abderraman, con la diferencia de que estas mas parecian moras que cristianas, y ademas diez zagales, mozos todos de quince á veinte *técnicamente adornados*, permítaseme el adverbio, bellas las unas y arrogantes los otros como las flores y las plantas sin cultivo que engalanan los campos olvidados. Llevaban ellas canastillos de mimbres de Alcoy entretejidos con hilos de plata y oro, llenos de dátiles de Elche, de nísperos de Concentaina, de almendras de Gijona, de naranjas con cáscaras de limon de la villa de Molins, de higos chumbos de Castalla, de palmitos de Alcoy, de alcachofas y albaricoques, apiñadas cerezas y perfumadas limas, con mas todos los frutos de una vejetacion precoz, rojos tomates y calabazas de funesta recordacion, vino de Biar, de Fondillon y de Monóvar, limones de Benidorm con un casco dulce y otro agrio como las cosas del mundo, epigramáticos pimientos, fresas, melones, sandías y todo lo criado. Llevaban ellos los productos de la industria provincial, seda de este año en rama, el famoso papel de Alcoy, tejidos de algodon, paños esquisitos, esteras especialísimas de esparto, y los renombrados turrones y confites de aquella tierra. Habia ademas una vistosa variedad de flores; azucenas y claveles, lilas y malva-rosas, rosas y lirios, jazmines y mahonesas, aromos y pasionarias... Era una esposicion de todo lo bello que produce la naturaleza en la primavera eterna de aquel país; era un lujoso ramillete que Céres y Flora entretejieron para ponerlo en manos de las hijas del amor.

¡Y aquí vuelvo á las labradoras, y no sé cómo me he apartado de ellas!—Aquí me cumple consignar que despues de leer el Paraiso de Milton y ver los cuadros de Murillo, yo me habia imaginado ángeles rubios, pero nunca ángeles morenos.—Angeles morenos son las hijas de esta comarca, apartada de la Morería por una irrupcion del Océano y por las conquistas de nuestros padres.—¡La belleza alicantina!—Imaginaos las Zoraidas y Zulemas de las *Mil y una noches*, las heroinas de Byron, las odaliscas de Abdul-Megid, las huríes del paraiso de Mahoma, con sus grandes ojos de un negro aterciopelado, sus largas pestañas, su interesante palidez, correcta nariz, cuajados y brillantes dientes, lacias cabelleras de ébano, flácidas cinturas que pueden abarcarse con las manos, y lujoso compartimiento de hombros, seno y garganta. Pues imaginaos ahora cien combinaciones de esta hermosura, cien manifestaciones diversas de este mismo tipo, cien variaciones sobre este tema... Pensad por un momento lo que seria aquella diputacion de serafines donde estaban las morenas de ojos azules de Tárbena, las descoloridas beldades de Orihuela, las mas brillantes y fogosas de Gijona, Belleu y Alcoy, las de formas robustas que bajaban de las montañas, y las melancólicas y espirituales que llegaban de la llanura; la rubia hija de las arenas del mar, pero rubia como el fuego, rubia como el oro, rubia como las espigas, la rubia en fin, tostada por el sol, y las de Nucia y Benidrom, término medio entre la pescadora y la labriega... Figuráoslas con sus lujosas sayas y graciosos delantales, prendidas con peinetas de metal y enormes agujas de piedras de colores, estas con mantelinas, aquellas con una especie de turbante, todas con primorosos jubones entreabiertos á la oriental... todas con zarcillos, tumbagas y collares que relucen al par de los dientes, de los labios y de los ojos, y de las susodichas agujas y peinetas, deslumbrando al que las mira, estraviando la imaginacion, dando al traste con la paciencia...—Lo repito, nada he visto tan bello ni tan fascinador como aquel contraste de todos los géneros de hermosura árabe que subsisten entre nosotros: es torpe la pluma y pobre el idioma para espresar lo que el pincel no retrataria así como quiera; tanta gracia, tanta perfeccion, tanta pureza, tanta variedad y tanta seduccion en todas ellas.—Juro á Dios que mas de una vez me propuse decidir cuál me agradaba mas de las cien susodichas, y quedéme por último vacilando entre ocho que ni Rafael las imagina mas rematadamente guapas.—He dicho.

VI.

Pero á este paso no voy á concluir nunca mi artículo.—Necesito relatar, no puedo describir.—Me dejo en el tintero el cuadro de los fuegos artificiales que se quemaron en el mar la noche del 27.—Aquellos reflejos de las luces de colores en las aguas, aquellos arco-iris, aquellas latitudes del Mediterráneo alumbradas de fuegos de bengala, y la escuadra á lo lejos, y los otros fuegos en la orilla, y la iluminacion de la ciudad, y las campanas, y las músicas, y la gritería de cien mil almas, que así victoreaban á los cohetes, como si los cohetes tuvieran corazon. Tampoco puedo hablar de un desafío ó regata que presencié entre dos botes pertenecientes el uno á un buque de guerra español, el otro á la fragata francesa, sobre cuál corria mas.—Viérais los veinte y cuatro remos que caen en el agua, á compás, haciendo huir al batel como una flecha; oyérais los *hurras* de la multitud agrupada en el muelle y de los barcos surtos en el puerto; gozárais como yo, en fin, al mirar triunfadores á los marineros de España, que dejaron atrás á los franceses en medio de los silbidos de los espectadores.—Tambien he de omitir cómo se celebraron en el mar los dias de la reina Victoria, cómo nuestra hermosísima fragata *Petronila*, capitana del puerto, daba diariamente la órden de izar y arriar pabellones por mañana y tarde, obedeciéndola cuantos buques de otras naciones habia en el puerto, lo que me hacia palpitar de orgullo, ¡como si aquello fuese mas que una etiqueta de ordenanza!—¡Ah!... Fue un tiempo en que este simulacro era una realidad; en que el pabellon español ondeaba triunfante... *et cetera*, como dice Espronceda en su famoso amanecer.—¿A qué darnos el mal rato de pensar en lo que no tiene remedio?—Dice Dante.

.....Nessun magior dolore
che riccordarsi dall tempo felice
nella misseria...

Esperemos, sin embargo.—Nuestra marina renace como dejamos dicho. Tenemos magníficos arsenales, y marineros envidiados por do quiera, y una oficialidad modelo de inteligencia, bizarría y finura. En Galicia y en Cataluña se han hecho ya ensayos de máquinas de vapor... sin auxilio de los ingleses. Nos dicen que en nuestros colegios navales hay ya muchos alumnos que saben en qué consiste que un buque ande sin necesidad de velas ni de remos. Aun son ingleses todos los maquinistas de nuestros vapores, lo que en un caso de guerra con la Gran Bretaña dejaria nuestras mejores embarcaciones *al pairo*... pero esto y otras cosas se remediarán no bien haya una tregua en el campo político: entonces, en vez de gastar 4,000.000,000 de reales para aquietar á un partido, se construirán doscientos ó trescientos buques de alto bordo, que no se pudran antes de ser bautizados.—¡Ah! Dios prodigó á España todos los recursos necesarios para ver en sus puertos nuevas armadas como la *Invencible*, como la de *Finisterre*, como la de *Trafalgar*. Tenemos cáñamo y maderas, carbon de piedra, hierro y cobre en abundancia... El Océano y el Mediterráneo acarician nuestro suelo por dos litorales inmensos. Contamos con puertos de primer órden y con recuerdos inestinguibles. De nuestra península salieron Colon y Vasco de Gama...—Gibraltar, Africa y Méjico nos esperan hace muchos años... ¡Dichoso dia aquel, que no está lejano, en que... pero vuelvo á mis fiestas reales.—

Decia que los estrechos límites de este relato me obligan á pasar por alto muchas cosas. Necesito abandonar á Alicante y trasladarme á Valencia, remolcando al que leyere. Pero antes séame lícito consagrar dos palabras á el *Cármen*, antiguamente llamado el *Porguet*, originalísima cuanto preciosa huerta de la propiedad del señor marqués de Molins.—A la orilla del mar, á media hora de Alicante, ¿habeis reparado en una oscura mancha de árboles, especie de oasis que interrumpe la monotonía de aquellos arenales melancólicos? Es un bosque de palmeras! Pero un verdadero bosque, donde muchos miles de estas hijas del desierto entrelazan sus brazos formando un toldo espesísimo. Al penetrar bajo las sombrías calles del *Cármen*, creese uno en el interior de un templo.—Cada dos palmeras al cruzar sus ramas forman una perfecta ojiva del mas puro estilo gótico, mientras que prolongándose infinitamente estas arcadas semejan á una catedral inmensa, salida de la tierra como por encanto.—Por lo bajo de las galerías, creia unas veces hallarme en la mezquita de Córdoba... Por la ligereza de las columnas y la esbeltez de las ojivas, recordaba la catedral de Segovia ó la lonja de Valencia. Absorto, maravillado, estático ante aquel prodigio de la naturaleza que parecia un prodigio del arte; allí, en frente del mar, cuyas esplendentes lontananzas se alcanzan como término de aquellas galerías de verdura, y cuyas olas suenan á compás con aquellas bóvedas movibles; descansando un momento de la agitacion y de la algazara de Alicante, recordé muchas veces aquella sátira de Horacio.

Hoc erat in votis; modus agri non ita magnus etc.

. . . .

VII.

A bordo de la fragata *Perla*.

Son las doce de la noche.—Estamos en frente de Denia.—Esta tarde á las cuatro, cuando se embarcó la reina y la escuadra se hizo á la mar, he contemplado un cuadro cuya grandeza nunca hubiera podido ima-

ginarme. Doce buques de alto bordo estaban dispuestos á partir. Todas las tripulaciones se hallaban sobre las vergas. Una inmensa muchedumbre cubria toda la costa de Alicante. El mar estaba poblado de mil botes, lanchas y faluchos, ricamente empavesados, en que se oian gritos, músicas y cohetes. Llegó el momento del embarque, y el castillo de Santa Bárbara disparó el primer cañonazo, al que respondieron los demás fuertes de la ciudad y luego todos los buques. La *Perla*, sobre cuyo alcázar de popa estaba yo contemplando aquel inmenso panorama,—el Mediterráneo, la ciudad, el puerto, las montañas y el cielo azul donde campeaba el sol en toda la plenitud de su grandeza;—la *Perla*, digo, se encontraba en el centro de aquella armada que por doscientas cincuenta y una bocas de bronce habia de hacer hasta seiscientos noventa y tres disparos. Parecia el fin del mundo. De debajo de mis piés, del buque que montábamos los periodistas, salieron sesenta y tres cañonazos, ó sea tres salvas de á veinte y uno. Era una cosa magnífica, que entonaba los nervios y encendia la sangre. El humo denso que nos envolvia se rasgaba á veces dejándonos ver los flancos inflama los de los buques ó las mil banderolas que los adornaban desde la cubierta hasta los topes. A todo esto, de una embarcacion á otra volaba el eco de los quince vivas de ordenanza .. Las campanas sonaban á lo lejos cuando no las ahogaba la voz del cañon, mientras los acordes de la marcha real, que tocaban las charangas de la *Petronila* y del *Francisco de Asis*, parecian celebrar un triunfo despues de aquella descomunal batalla á que nuestro espíritu poético creia haber asistido.—¡Oh! ¡nosotros, pobres sacerdotes de la paz, humildes hijos de la tierra, no nos habiamos visto en otra! ¡Ahí es nada! ¡en la mar y á cañonazos!—¡Vive Dios...!—En fin; Vdes. dirán lo que quieran... yo soy partidario de la paz de los pueblos, de la abolicion de los ejércitos. de las luchas *de la palabra, de los triunfos de la razon... Pues bien,* yo les juro que al oler la pólvora, al sentir crugir bajo mis piés las tablas de la nave, al verme rodeado de humo, ensordecido por el cañon, irritado por aquella griteria... ¡diablo! hubiera presenciado gustoso cualquier cosa parecida á un combate naval, aunque se hubieran estropeado los vistosos adornos de los buques que nos rodeaban!...

Dichosamente, los cañonazos eran de pólvora sola, el viento se llevó el humo, perdimos de vista la tierra, el silencio reinó á bordo, y pronto nos vimos solos en medio del mar.

En este momento, que como digo, son las doce de la noche, el espectáculo que me rodea es embelesador. Estamos en el plenilunio... El astro de la noche brilla en el zenit de los cielos esparciendo su misteriosa claridad sobre la naturaleza. La mar tersa, inmóvil, silenciosa, dormida, está cruzada en toda su estension por una cinta de plata producida por el reflejo de la luna.—Parece la estela que ha dejado en las olas una nereida fugitiva. Parece la cola del regio manto de la misma luna. Parece el camino de alguna region sobrenatural, así como la *via láctea* del firmamento pareció á los matamoros el camino de Santiago.

Nunca hé visto al Mediterráneo tan tranquilo; nunca una luna tan brillante; nunca una noche tan estrellada.

¿Qué pensaba yo, cuando apoyado en una borda de *la Perla*, miraba á lo lejos el navío *Francisco de Asis*, arrastrado como una enorme carroza de triunfo por el vapor *Isabel la Católica*? . . . .

Estábamos allí, solos, fuera de España, confiados á la clemencia del mar. Empequeñecianos á todos la grandeza de aquel gigante sobre cuya espalda caminábamos. El trono de San Fernando, la dinastía de Borbon, nuestra historia y nuestra política andaban lejos de sus pueblos, lejos de sus guardias y de sus palacios, confiados á un piloto, á una máquina de vapor, á una mar sin testigos, á la vigilancia de una escuadra superable, en medio de la noche... No sé que sentimiento estraño de orgullo ó de piedad, de patriotismo ó de respeto inundaba mi intranquilo corazon. Nunca perdimos de vista el *navío*. En torno suyo, caminaban tambien la *Petronila*, la fragata *Isabel II*, los vapores *Lepanto*, *Santa Isabel* y *Pizarro*. Delante iba de heraldo el vapor *Liniers*. La fragata francesa *Impetueuse* y la corbeta inglesa *Curlew* nos escoltaban, ó por mejor decir, no nos perdian de vista. Cohetes y luces de bengala nos avisaban continuamente dónde se encontraba cada buque. Era el *alerta marino*.—¡Alerta estamos! respondian las luces de nuestra fragata.—Así pasó aquella noche, en que la reina durmió fuera de su reino, en que todos abdicamos algo de nuestro habitual modo de ser, en que un cambio de posicion alteró las perspectivas, en que por ser otro el teatro parecian otros los actores.—Y así amaneció y llegamos á las costas de Valencia.—Todo habia sido un sueño. . una pesadilla.—Estábamos nuevamente en España. Nuevos pueblos saludaban á la reina. Toda la orilla *del mar se hallaba cubierta de testigos... Pronto saltamos á tierra*.—¡Adios, entonces libertad de la imaginacion, independencia del espíritu!—Ya no seríamos arrastrados: ya era preciso andar por nuestro propio pié. —Estábamos en el mundo de los hechos...

VIII.

En Valencia, lo mismo que en Alicante, oí cantar los *Magyares* dos ó tres veces. En Valencia, como en Alicante oí otras muchas cosas. Pero mi artículo ha de tratar solamente de lo que sentí en ambas poblaciones, de mis impresiones de viaje, de las mias, no de las de la gente que me rodeaba.—Cúmpleme decir, sin embargo, que estoy muy contento de la ciudad del Cid. No podrán decir lo mismo todos mis compañeros de viaje.—Conque dejemos la pluma y empuñemos nuevamente el pincel: exhibamos las láminas de nuestra memoria y veamos qué cuadros se han fotografiado en ella.

El momento del embarque es el primero que aparece ante mis ojos. Volved por pasiva nuestra salida de Alicante. Las mismas salvas, la misma muchedumbre, el mismo sol, las mismas armonías en el espacio. Pero añadid la sorprendente perspectiva de aquella huerta, de aquella ciudad de mil torres y mil jardines, del Cabañal, tendido á un lado como un aduar de tiendas árabes plantadas una mañana en el desierto para ser levantadas á la noche; de las alquerías, del puerto poblado de mástiles, del muelle cubierto de tartanas, del aire cargado de perfumes, de las calles y las plazas, y los edificios y hasta los caminos tapizados de flores.—Las flores han sido las protagonistas de las fiestas de Valencia. A todas horas, en todas partes, siempre frescas y olorosas, continuamente remudadas, esparcidas por el suelo, cubriendo las paredes, he visto millones de millones de claveles, azucenas, rosas, lilas, siemprevivas, amapolas, heliotropos, jacintos y otras cuyo nombre ignoro, formando ya ramilletes, ya guirnaldas, ya columnas, ya pirámides! En el museo, en las iglesias, en los palacios, en las murallas, en los barcos, en las mojigangas del pueblo, en todas partes, y no exagero, brotaban flores y mas flores, como si llovieran del cielo, como si un encantador las evocase con su varita mágica, como si la naturaleza quisiese agotar en un dia todos sus tesoros. Nacido en el reino de Granada, criado en aquellos jardines, *acostumbrado á la Alhambra y al Generalife*, no era yo ciertamente el mas á propósito para asombrarme ante las flores.—La admiracion de que me encuentro poseido dirá, pues, claramente cuánta es la exuberancia, cuánta la magnificencia, cuánto el prodigioso lujo de la flora valenciana.

Y de las flores paso á las mujeres: de los jardines al baile dado en la capitanía general por la oficialidad del ejército.

Erase un patio de un convento gótico, con arcos calados, y un segundo piso formado por una columnata griega. La tosca piedra cubierta de flores, de pabellones y de banderas, de trofeos y de blasones dejaba paso por sus graciosas labores á un Océano de vivísima luz que podia competir con la del dia. Pabellones de fusiles, de sables y de machetes sostenian inmensas arañas de cristal. Macetas, naranjos y limoneros cargados de frutos, *parterres* enteros, rodeaban el salon lujosamente alfombrado de blanco. El toldo que lo cubria, pintado de una manera caprichosa, hacia mas aérea y diáfana la perspectiva.—En torno del patio daba vuelta una graciosa galería, y en medio del mismo se levantaba una bellísima fuente de mármol, superior á todo elogio, donde hubierais admirado una estraña combinacion de flores, saltadores de agua y luces de gas; pero tan ingeniosa y hábil, que no podia concebirse cómo el agua no apagaba las luces ni cómo las luces no incendiaban las flores. La orquesta, colocada en el claustro alto, esparcia una lluvia de armonías sobre aquel alcázar tan ligero, tan gracioso, tan flotante, que parecia un templo hecho por las hadas, un palacio de los que imaginó la poesía en el fondo del mar ó la hechicería en el centro de la tierra. Mas suntuosos, mas ricos de mármoles y oro, existen en muchas capitales, pero ninguno tan poético, tan original, tan fantástico, tan bello y delicioso. Pues lo mismo digo de las mujeres.—Mas lujosamente vestidas, con mas diamantes y perlas, mas renombradas y tituladas, mas parisienses y *comme il faut*, yo las he visto... cualquier baile de Madrid nos las presenta... Pedro Fernandez las conoce á todas...—Pero tanta hermosura, tanta gracia, tanta juventud, una mayoría (¿qué digo, mayoría?) una unanimidad semejante de merecimientos personales, de lindas caras y lindos cuerpos, de beldades soñadas y tenidas por irrealizables, de modelos para cuadros, de tripulaciones para cien *harenes*, de tentaciones para todos los santos del Martirologio, eso... ni en Circasia, ni en Georgia, ni en mi Andalucía, y por consiguiente mucho menos en un baile dado con sujecion á la *Guia de Forasteros*, que es como se dan los bailes en Madrid, se vió, ni se sospechó, ni se adivinó siquiera, ni se pudo adivinar, y maldita la falta que me hacia á mí saber que existia sobre la tierra.

¡Oh! ¡las valencianas!... Me gustan mas las alicantinas; porque Alicante es de secano. ¡Pero las valencianas son tan bellas como las alicantinas!—Solo que, como por Valencia corre el Turia, como viven entre flores y arrozales, como estas hijas del desierto pasan la vida en un continuo *baño*, que un *baño de esencias* es aquel aire, como en aquel clima todo es espansion, produccion, fertilidad, prodigalidad de cada ser para con la madre naturaleza, resulta que la vehemente, febril y electrizada belleza de Alicante, se manifiesta en Valencia lánguida y descolorida, fatigada y voluptuosa como el recuerdo.—La alicantina chispea como la fiebre: la valenciana está enervada por el sopor que sigue á la calentura. Cuando mas jóven preferia yo este último género de beldades: hoy voy gustando ya de aquel otro.—De todas maneras, las valencianas, amantes de nacimiento, coquetas por el clima, no por cálculo ni educacion como generalmente sucede, elegantes como la palma de sus huertos, distinguidas cómo lo es siempre el reposo, seductoras como la pereza de los sentidos, son y serán siempre lo que de ellas dice la fama; las mujeres mas hermosas del mundo. Sin embargo, quien como yo, no busque en la mujer la correcta regularidad de las facciones, preferirá siempre á todo lo habido y por haber en materia de atractivos, aquel iman, aquel rayo irresistible, aquel anzuelo inevitable que vibra en la mirada de las andaluzas. No sé qué tienen aquellos ojos: preguntádselo á cuantos ingleses van á Andalucía.

Pero vuelvo al baile... Y bien: ¿qué tengo que añadir? Que todas iban vestidas y prendidas con sencillez y esquisita gracia; que dominaban en los trages las mas aéreas telas blancas, y en los adornos las mas primorosas flores; que el ambigú hará época en la historia culinaria, y que todo aquello pasó como un sueño, pero como un sueño celestial.

IX.

¡*Basta*! ¡*Basta*! Me dicen de la imprenta Yo queria hablar de los fuegos artificiales, verdadero prodigio pirotécnico, en que ví un templo de luces de colores en el aire, y otras mil maravillas que me encantaron; yo queria hablar del Museo de pinturas, donde ví el *San Sebastian* de Rivera, cuadro digno del autor de *Jacob* y con esto lo digo todo, así como dos *Salvadores*, un *Ecce-homo* y una sorprendente *Purísima* de Juan de Joanes, y un *San Francisco* abrazado á la Cruz, de Ribalta, y varias tablas antiquísimas de mucho mérito. Tambien queria hablar de las *rocas*, y de la *cabalgata*, *y de la procesion del Corpus*, y del tribunal de las Aguas, y de los *enanos* y de los *gigantes*, y de los huertos, y de la magnífica *paella* que nos dió Eduardo Asquerino en el Cabañal, con fuegos artificiales, faroles de colores, música, baile, arcos de flores, paseo por el mar, *champagne*, carruajes, pavos para el camino, y todo lo nacido... en fin, yo queria hablar de muchísimas cosas, de la Lonja, de la esposicion de la industria, del salon de las antiguas Córtes, de la catedral, de los frescos de San Juan, de la casa vieja del Ayuntamiento, cuyos artesonados son de primer órden, del Mercado, de los obsequios que nos han dispensado en todas partes á los periodistas, de la escuadra que he visitado varias veces, de la Casa de locos... pero ya veis que es imposible atender á tanto. Básteos mi deseo y la promesa de no olvidar nada de lo que he visto, y de hacer referencia de ello en la primera ocasion que se me presente.

P. A. de Alarcon.

A MI HIJA EDELMIRA.

MUERTA EN EDAD MUY TIERNA.

Como su madre, bella
era Edelmira;
cuando me acuerdo de ella
todo suspira,
todo parece
que de su fin infausto
se compadece.
Aun no era abierta rosa,
era un capullo,
y formaba la hermosa
todo mi orgullo;
pero Dios quiso
que mi flor adornase
su paraiso.
¿Por qué teniendo el cielo
miles de flores,
coge la que es consuelo
de mis dolores?
¿No ves, Dios mio,
que es mi vida sin ella
páramo frio?

A. Ribot.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Los calores han puesto de moda los viajes y las espediciones. Despues de la escursion hecha por la córte á Valencia y Alicante, cuyos pormenores damos en el presente número, el sábado tocó el turno de ser visitada á la antigua Toledo, donde segun anticipadas noticias se preparaba una funcion greco-romano-artístico-religiosa. Un concienzudo escritor y un hábil artista han sido especialmente encargados por el *Museo Universal* para presenciar y describir por medio de la pluma y del dibujo esa interesante funcion conque se ha inaugurado un hecho mas interesante: la apertura del ferro-carril de Madrid á